

UN PROGRAMA DE TRABAJOS SOBRE GÓNGORA  
Y SU OBRA



# Un Programa de Trabajos sobre Góngora y su obra

---

**E**L gran espíritu del Racionero-poeta, aleteó unos meses entre nosotros. Fué ello cuando, al cumplirse trescientos años de su muerte, hizo de él su ciudad la debida conmemoración. Aquellos actos solemnes, a los que con acierto llamó un orador elocuentísimo «los desposorios de don Luís con la Eternidad», tuvieron entonces y van teniendo ahora, un largo epitalamio, un canto en celebridad del privilegiado ingenio cordobés desposado con el Tiempo y con la Fama: el propósito de algunos de sus compatriotas de renovar en Córdoba los estudios gongorianos laborando por el esclarecimiento de puntos oscuros de la vida del artista de LAS SOLEDADES y contribuyendo a la justa reivindicación de los valores por él acarreados a la Literatura patria.

Las páginas que preceden a estas y la noticia de lo hecho en torno a la fecha del centenario, acreditan que el designio de los cordobeses doctos y de su Academia prestigiosa, se va realizando. No uno ni dos, sino muchos, son los miembros de ella que trabajan intensamente sobre Góngora y sobre su obra discutida y famosa. Cada cual según su vocación ha tomado para sí lo que estimó la mejor parte. Nuestro incansable colega La Torre y del Cerro, la paciente rebusca entre millares de escrituras del Archivo de Protocolos, de novecientos y tantos documentos que rectifican, aclaran o descubren hechos y fechas del existir del vate. Romero de Torres, completando sus estudios iconográficos del personaje. Priego López, desentrañando los neologismos que, en rico caudal, a Góngora debe nuestro idioma. Camacho Padilla, analizando facetas de la joya, mirando con su lupa la urdimbre poética de la obra gongórica. Jaén Morente, explicando, como si dijésemos, sobre el plano de Cór-

doba, cuáles fueron los lugares del retablo en que se movió esta singular figura; cuáles otros los aludidos en sus versos inimitables. Castejón, atisbando todo movimiento gongorista que registren los barómetros literarios en España y fuera de ella, para buscar su repercusión en nuestra vieja Academia.

Cuando cada uno se ocupaba en su labor, vino hasta nosotros un caracterizado biógrafo y crítico de don Luís y de su obra: Miguel Artigas, padre del más interesante y serio trabajo hecho hasta el día sobre nuestro glorioso poeta. Y Miguel Artigas señaló un extenso programa de investigaciones para que estos estudiosos cordobeses se ejercitasen en ellas.

¿Cuál fué este programa? ¿Pueden colaborar en su desarrollo quienes no pertenecen a la Academia?

Para ellos cabalmente, trazamos estas líneas que tienen el alcance de una invitación.

Tema: «*Rectificación de la genealogía de Góngora, que estampó Morales y Padilla en los Capítulos 135 y 258 de su manuscrito «Historia de Córdoba», de donde tantos la copiaron.*» (1).

Otro: «*Estudio de la singular figura de Don Alonso González de Falces, Secretario del Obispo don Alonso Manrique.*»

No cabe duda que para completar la biografía de Don Luís de Góngora, interesa mucho retratar con exactitud al Secretario Falces, su ascendiente, por la decisiva influencia que ejerció, si no su persona, sí su patrimonio y acaso sus libros en la vida del poeta (2).

Otro: *El Erasmismo en Góngora.*

Trátase de averiguar si Góngora estuvo sometido al influjo de las ideas de Erasmo, y si a ello puede atribuírse la falta de sentimiento piadoso que se observa en la poesía religiosa

---

(1) Cuando la cuestión era propuesta por el señor Artigas, acababa de hacer sobre ella, resolviéndola, un trabajo documentado el Archivero Don José de la Torre y del Cerro.

(2) También prestó ya su contribución al estudio sobre Falces, nuestro colega la Torre, acreditando que los Falces y los Hermosas, con ellos enlazados, residían en Córdoba desde el último tercio del siglo xv y que no fué a Don Alonso Manrique, a quien el Racionero Falces sirvió como Secretario, sino a don Iñigo Manrique que desempeñó el obispado de Córdoba cuatro lustros antes que el Don Alonso, su sobrino.

del lírico cordobés, y de si pudieron llegar a sus manos las obras del erudito holandés por la relación de Góngora con el Secretario Falces y de éste con el Prelado Don Alonso Manrique, uno de los erasmistas más caracterizados en España.

Tales cuestiones se prestan a una interesante labor de crítica y de investigación de la que habrá que descontar la última parte, pues que el Obispo Don Alonso, tan decidido partidario del fecundísimo escritor de Rotterdams, no tuvo con el Secretario Falces la relación que Artigas le atribuyó.

Otro: «*La gran erudición del padre de Góngora.—Su amistad y trato con los sabios cordobeses de entonces.*»

Que Don Francisco de Argote era hombre de mucha sapiencia: que poseía una gran biblioteca y que estaba en relación con los eruditos y hombres de letras sus coetáneos, hechos son que probó con todo rigor el biógrafo Artigas en su estudio premiado en público certamen por la Real Academia Española.

Falta ahora saber si Don Luís de Góngora heredó tal biblioteca o si en ella se formó como humanista, ocupado en la lectura de los clásicos. Interesa reconstruir la época crítica en que vive en Córdoba Don Francisco de Argote; descubrir si en busca de sus consejos y de sus libros, pudieron acudir a su casa y a su trato los jóvenes estudiosos de aquel tiempo, los probables condiscípulos de su hijo el futuro poeta; los llamados a continuar la tradición literaria gloriosa de nuestra Ciudad... Cristóbal de Mesa, Rosal, los Alderetes, Pedro de Valencia...

Otro: «*La infancia de Góngora: escuela en que estudiara las primeras letras.*»

Averiguación por demás interesante que tiende a comprobar la sospecha que Artigas apunta en las páginas 21 a 24 de su obra, sobre si don Luís se crió bajo la disciplina de los Teatinos en el Colegio que desde 1553 tenía establecido en Córdoba la Compañía de Jesús, a cuyas aulas pudo acudir desde que aprendió a leer y escribir correctamente en las clases de los Canónigos Maestrescuelas de la Catedral, sitas en el Campo Santo de los Mártires, muy cerca de su morada, hasta que cumplidos quince años su padre determinó enviarle a la Salamanca.

Al indicar Artigas las fuentes donde pueden abreviar los curiosos averiguadores de esta incógnita de la vida de Góngora

niño, lamenta el biógrafo, como había de lamentar quien pusiera mano en este tema, el extravío de un curioso manuscrito sobre el Colegio de la Compañía de Jesús en Córdoba, que hasta el año de 1913 existió en la Biblioteca del de la Asunción, adjunto a nuestro Instituto Nacional, en el que habría datos ciertos sobre la cuestión propuesta.

Otro: «*La vida de Góngora en Salamanca.—Versos anteriores al año de 1580.—La licenciatura de don Luís.—¿Por Salamanca o por Granada?*»

Interesa no menos que ampliar las noticias, hasta ahora conocidas, de la estancia de Góngora en la gloriosa Escuela en que enseñó Fray Luís de León, la coincidencia de este poeta excelso con aquel que iba a ser predilecto también de las Musas. Hay que reconstruir su vida en la famosa ciudad salmantina, buscar y rebuscar las primicias de su númen poético, las composiciones en verso que el estudiante pudo producir y desde luego produjo antes del año de 1580, fecha que hasta ahora se ha tenido por extrema en su producción literaria. Hay que acreditar que el poeta mayor de Córdoba no se licenció ni por Salamanca, ni tampoco por Granada, aunque pasase por ambas ciudades entonces. Solo una vez se tituló licenciado y si lo hubiese sido, con tal título aparecería su nombre encabezando los múltiples documentos que otorgó en su vida.

Otro: «*Los amores de Don Luís.*»

Para descubrir si la poesía amorosa de Góngora se apoya en hechos reales, conviene desentrañar la leyenda de sus amores, saber si el poeta estuvo enamorado de una Doña Costanza de Cárdenas o de una Doña Catalina de la Cerda; si ello acaeció a su vuelta de Salamanca y si los sentimientos y la pasión que en algunos de sus versos se pinta, pudieron tener por origen el amor de una mujer.

Y como alrededor de esos amores de Don Luís se fraguó toda una leyenda caballeresca y romántica, contada en el famoso manuscrito cordobés «Casos raros de Córdoba», el tema que Artigas propone al estudio de los averiguadores, trae aparejada una grata tarea: la de hacer una edición crítica de ese interesante manuscrito, compendio un día y origen luego de todas las leyendas y tradiciones populares de nuestra ciudad.

Otro: «*La vida catedralicia del Racionero-poeta.*»

Aunque este aspecto de la figura de Góngora, ha sido cumplidamente tratado por el erudito Magistral González Francés, hace treinta o más años y no ha muchos por el Sr. Romero de Torres, es lo cierto que aún se puede ahondar más en la investigación.

Conviene, entre otros extremos, publicar íntegros los Autos originales de la Santa Visita, por los cuales se hacían cargos y preguntas a los prebendados, y a cuyo interrogatorio contestó Góngora, como es sabido, tan donosamente. Hácese necesario saber qué respondieron los demás, qué alegaciones hicieron los miembros del clero catedralicio, pues que acaso alguno—enemigo de Don Luís—le acusara en aquella ocasión. Todo ello ayudaría a completar el retrato moral de nuestro personaje.

Otro: «*La amistad de Góngora con el Marqués de Ayamonte y la enemistad con el Marqués de Priego.*»

Para quienes se decidan a poner en claro todas las andanzas del cordobés poeta cortesano, la cuestión esbozada por el erudito Artigas en las páginas 98-99 de su magno estudio crítico, ofrecerá ocasión de aclarar momentos interesantes de la vida del autor de la fábula de Polifemo, y acaso aspiraciones suyas truncadas por la fatalidad. No menos larga aclaración necesita el origen de la enemistad que hacia Góngora sentía el Marqués de Priego, hostilidad que sospecha Artigas, con sobrada razón, que pudo ser causa de algunos quebrantos para nuestro poeta. Quién sabe si su probable encarcelamiento por la sátira del

Arroyo, en qué ha de parar  
tanto anhelar y subir

. . . . .

Quién sabe si la ojeriza de Quevedo, fustigador incansable del «Píndaro español», también tuviera su raíz en esta enemistad del Marqués de Priego con nuestro mejor versificador.

Otro: «*Góngora en Madrid.—La penuria.*»

Queda a los averiguadores de las flaquezas del poeta, amplio campo donde cosechar noticias, en el epistolario del Capellán Real. Fácilmente se descubre en sus cartas, junto a lo que era su vida de relación en Madrid, su trato con los grandes, su embarazo económico por lo excesivo de sus gastos, el malestar

que le ocasionó la penuria en que las circunstancias le obligaban a vivir, sus penas y sus apuros en los días en que su amistad con las gentes principales de la Corte, exigía dispendios que el ostentoso clérigo no podía soportar.

Otro: «*Testamentos del poeta*».

Sospecha el estudioso Artigas que Don Luís de Góngora pudo otorgar un testamento posterior al que se conoce como suyo de fines de Marzo de 1626. Es este, más que disposición solemne de su última voluntad una declaración de pequeñas deudas que en aquel momento tenía contraídas y que mandaba pagar a su muerte. Mas no hay en el documento sencillísimo otorgado en Madrid, ni mandatos en relación con su entierro y sepultura, ni llamamiento alguno a personas de su familia.

¿Por qué no abrigar la esperanza de que aparezca algún día en el Archivo de Protocolos de Córdoba, un más solemne y extenso documento que contenga la concreción de la voluntad postrera del poeta?

Otro: «*Noticias del entierro del señor Racionero*».

Detalle, que aun después de lo investigado por González Francés en los Archivos de la Catedral y de Omnium Santorum, merece nueva rebusca, es el del entierro de Góngora y Argote en la Capilla de San Bartolomé de la Iglesia Mayor. ¿Podemos asegurar que los huesos del poeta, dignificados por el Marqués de Cabriñana, su familiar, a mediados del siglo pasado, no hayan podido confundirse con los de Don Francisco de Góngora clérigo como él, y a quien se amortajaría también con vestiduras sacerdotales, dato este último que se creyó decisivo al identificar en lo posible el cuerpo de nuestro poeta?

De aquí que convenga renovar la pesquisa sobre documentos o referencias autorizadas de la época, que puedan poner en claro si rendimos veneración a los propios despojos del hombre eminente en Poesía, o si nos estamos posternando ante los de alguno de sus parientes.

Otro: «*Las obras de Don Luís*».

La Biblioteca Nacional, la del Real Palacio, el Archivo Histórico, la Biblioteca santanderina de Menéndez Pelayo, y la que fué del erudito don Aureliano Fernández Guerre, ofrecen al crítico a estas horas, manuscritos donde yacen bastantes poesías de

Góngora que a todo trance hay que sacar a luz, hay que estudiar con exquisito espíritu crítico, incluso para comprobar su verdadera paternidad.

Hay también que buscar—¿quién duda que pueden existir?— las producciones literarias en prosa de este privilegiado ingenio, y con todo ello a la mano hacer nueva y definitiva edición crítica de su obra admirable.

Otro: «*Las alusiones a Córdoba*».

Llenos están los poemas de Góngora de alusiones a su Ciudad, al campo que la rodea y aun a muchos pueblos y lugares de la comarca cordobesa. Solo de sus elogios al Guadalquivir podríase hacer una glosa extensísima, un comentario digno de los fervores que el poeta sintió por el

Rey de los otros, río caudaloso  
.....

Un avance en este trabajo significan las cuartillas que en estos momentos redacta el brillante escritor y orador elocuente Don Antonio Jaén, trabajo que verá la luz en pliegos siguientes a este, bajo el título «Lugares gongorianos.»

Hasta aquí el ideario que el Maestro Artigas ha brindado a los estudiosos, a los devotos de Góngora, a los averiguadores de las cosas viejas de Córdoba.

El camino es amplio y por sus cauces caben todos los hombres que sientan el deseo de que el Príncipe de los Líricos españoles, sea mejor conocido y por serlo, más admirado.

Cuantos acudan con sus trabajos y elucubraciones a servir en esta empresa de erudición que Artigas dejó planeada, servirán a Córdoba, madre privilegiada de ingenios famosos en todo el orbe. También servirán a las Letras castellanas, atadero de dos Mundos.

JOSÉ M.<sup>a</sup> REY.

Cronista de la Ciudad.

Córdoba y Julio 1927.

